

LA HUMANIZACION DE OCCIDENTE

BOSQUEJO DE UNA INTERPRETACION DEL RENACIMIENTO Y DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Por RENE BARRAGAN

La Interpretación Tradicional del Renacimiento

DENTRO de la clásica imagen lineal de la historia ha sido considerado el renacimiento como el momento supremo en que la humanidad, después de haber perdido las galas espléndidas de la cultura greco-romana, y de haber atravesado un largo período de tinieblas y barbarie—la edad media—, surge nuevamente a la luz de la razón y del progreso.

Actualmente ha surgido en Europa Central una fuerte corriente del pensamiento histórico que ha reivindicado por completo el antes despreciado medioevo. Spengler, Landsberg, Huizinga y otros han demostrado que el período que va de la caída del Imperio Romano al aparecer del renacimiento, lejos de ser tiempo de luchas estériles y sin sentido, es por lo contrario, época de gestación fecunda en que se preparan y surgen nuevos valores, desconocidos para la antigüedad clásica. Como época brillante, intelectualmente hablando, pocos siglos ha habido tan inquietamente creadores—en la filosofía, en la literatura, en el arte—que el XIII. Pero donde mayor importancia adquiere la llamada edad media es en el cua-

dro filosófico-histórico de Spengler, para quien representa nada menos que la cuna de la cultura occidental, dentro de cuyo ciclo todavía vivimos.

La Tesis de Spengler

Conocida es la teoría general de la historia del pensador alemán contemporáneo. La historia es la biografía de las culturas, grandes ciclos vitales que, semejantes a los organismos, nacen, se desarrollan y mueren. Son mundos históricos aparte; cada uno con su propia concepción fundamental de la vida que imprime en todas sus obras; cada uno con sus posibilidades peculiares que realiza paulatinamente con la fuerza inexorable de su sino.

Dentro de los grandes ciclos históricos uno de los más importantes es el de la cultura occidental, que nace entre los años 900 y 1000 en las tierras frías y en los mares brumosos de Europa Septentrional. Esta cultura, de magnífica floración, ha crecido bajo el signo de un anhelo, siempre insatisfecho de romper todos los límites, de llegar a todas las cumbres, de vivir en una constante superación. Encuentra su símbolo en la figura ator-

mentada e insaciable de Fausto, en busca siempre de horizontes nuevos.

Los caracteres fáusticos de esta cultura se marcan desde su nacimiento: desde los vikings escandinavos que pisaron tierras de América; los papas que soñaban dominar espiritualmente toda la cristiandad; los emperadores germanos que querían un Estado único; los cruzados que partían a Tierra Santa para rescatar un sepulcro legendario. Todo eso habla de lejanía, de ansias de vida ilimitada, de pasión por lo infinito. Como en las catedrales góticas. Como en las leyendas épicas.

El sentimiento gótico de la vida es lo propio del alma occidental. El tiempo que transcurre entre los siglos XI y XIV, corresponde a un alma juvenil, plétórica de futuro, en constante afirmación de sí misma. Llega un momento, empero, en que Occidente se vuelve contra sí: contempla su propio destino e intenta rebelarse contra él. Eso es el renacimiento. El renacimiento es, en su base, un movimiento antigótico, una rebelión contra la propia personalidad. El alma occidental quisiera dejar de ser fáustica, quisiera olvidar su sed tormentosa de infinito, quisiera refugiarse en un presente puro y sensible, sereno y sin inquietudes. Por eso pone sus ojos en el mundo muerto, en las formas ya inertes de la cultura mediterránea clásica.

El alma greco-romana representa, aproximadamente, el tipo opuesto al de la occidental. Griegos y romanos tienen el ideal apolíneo de la existencia: la bella perfección encarnada en el cuerpo sensible y limitado; el instinto de la medida, la armonía y la serenidad; siempre el "aquí" y el "ahora". Alma sin horizontes, que vive entregada a sí misma, como la esfera que rodea su propio centro.

Nada más adecuado, entonces, para expresar la tendencia antigótica del renacimiento, que un intento de resurrección de las formas clásicas, apolíneas, de Grecia y de Roma. Y, en efecto, se realizó el intento. Intento que fue un fracaso, porque el sentimiento fáustico, ilimitado, de la existencia, se infiltró involuntariamente en el ropaje clásico que pretendía resucitarse, transformando su íntimo significado.

El arte renacentista italiano fue clásico solamente en la apariencia. Las típicas construcciones romanas—arcos de triunfo, termas, etc.—, no reaparecieron. Los templos griegos no resurgieron. El respeto a la tradición cristiana, con la

que el hombre del renacimiento no se atrevió a romper, imponía necesidades ineludibles, muy alejadas de la tradición clásica. Incluso cuando se adoptaron los motivos griegos y romanos—columnas, v. gr.—hubo que modificarlos, al grado que "no hay en todo el renacimiento un capitel verdaderamente clásico". Hombres impetuosos, llenos de pasión fáustica, como Leonardo y Miguel Angel, tenían que romper—aun contra su voluntad—con la serenidad apolínea que no encajaba dentro de su temperamento occidental. Leonardo borra el contorno apolíneo de sus figuras con el "sfumato". Miguel Angel va más lejos; sus pinturas y sus esculturas rebosan fuerza que pretende escapar; son trozos de psicología hechos plástica. Es más, Miguel Angel infunde tanto dinamismo en sus creaciones que, en sus últimas obras, pierden éstas todo carácter clásico y dan nacimiento, despedazando el ideal reacentista, el arte barroco.

Con el barroco el arte occidental, después de su momentáneo extravío, se encuentra a sí mismo nuevamente. El afán de constante movimiento, que impulsa a la aventura del descubrimiento de Colón o a la creación del teatro español, se esculpe íntegramente en las caprichosas fachadas barrocas. Occidente sigue su propio destino cuando comprende que ningún puente podrá cruzar el abismo que lo separa de la antigüedad clásica.

La Tesis de Berdiaeff

El autor de "Una Nueva Edad Media" concede una extraordinaria importancia histórica al renacimiento. Para él es la iniciación de una nueva época—los tiempos modernos—, con una nueva concepción del mundo y de la vida.

Durante la edad media había vivido el hombre con los ojos puestos en Dios. Su vida interior estaba saturada de sentimientos religiosos. Ideas, emociones, pasión, todo reconocía como finalidad última la intuición piadosa. El hombre europeo sabía que su yo se ligaba necesariamente, con lazos indestructibles, a la divinidad. El hombre se sentía como una chispa del gran Dios que llenaba con su aliento la creación entera. Las personas se creían interiormente vinculadas, en tanto que todas se unían con el Espíritu cósmico.

Pero a partir del renacimiento cambia la actitud del hombre europeo ante la vida. El hombre se afirma a sí mismo como hombre y deja de pensar en Dios. Los nexos entre la conciencia per-

sonal y la divina van borrándose, hasta que desaparecen por completo. Queda el yo aislado frente a un mundo que no considera ya divino. Toda la historia de los tiempos modernos se explica, para Berdiaeff, por este proceso de humanización, de abandono de los principios divinos. La humanización de Europa empieza con el renacimiento. Por eso el renacimiento señala el inicio de una época nueva. Época que toca ya a su fin—así lo prevé y lo quiere Berdiaeff—porque el hombre volverá a Dios, iniciándose una nueva edad media.

El Humanismo Pictórico

Antes de hacer la valoración de las dos tesis expuestas, haré un somero análisis de los caracteres del renacimiento en la esfera en que se mostró con mayor claridad: la pintura de los siglos XVI y XVII.

Ciertamente, como afirma Spengler, encontramos espíritu fáustico, occidental, infiltrado en las formas pseudoclásicas del arte renacentista. Desde luego se advierte el simbolismo de la perspectiva en los cuadros; la perspectiva, descubrimiento occidental, significa el triunfo del fondo del cuadro sobre el primer plano; las figuras se destacan sobre un horizonte lejano que proporciona la sensación de una fuga al infinito. Los colores más usados del renacimiento—verde y azul—son fáusticos; ambos son los colores de lo inmensurable, de lo ilimitado: el mar o el cielo. Y así, en todos los rasgos esenciales de la pintura renacentista, bajo la voluntad aparente de matar el impulso gótico, surge incontenible el deseo de romper límites, característico de Occidente.

También la tesis de Berdiaeff se ve comprobada en la pintura del XVI y el XVII. Efectivamente; las figuras plásticas del gótico, estaban impregnadas de espiritualidad, de voluntad de ascender a lo alto, como esas estatuas que se alargan inverosimilmente en los templos ojivales. Con Giotto y Fra Angélico, comienza la humanización; las figuras van adquiriendo naturalidad, verismo, lo que equivale a decir: se humanizan. Todavía en los representantes tardíos del espíritu gótico, como Grünewald y el Greco, se imprime en la obra de arte un profundo patetismo religioso. Contrariamente, en los pintores plenamente inmersos en las corrientes del renacimiento, como Rafael y Murillo, el humanismo pictórico alcanza su plenitud. ¿Qué son, sino bellas mujeres,

las vírgenes de Rafael? ¿Qué destello divino hay en un rostro de Murillo? Ambos querían pintar tipos humanos y lo lograron. Y cuando otro gran renacentista, Miguel Angel, quiso pintar figuras fuertemente impregnadas de energía divina, como en los frescos de la Capilla Sixtina, no consiguió crear sino tipos humanos: gigantes, superhombres si se quiere, pero con el sello indeleble de lo humano. ¿Y qué decir del realismo, vale decir humanismo, de la pintura flamenca y holandesa? Cuando el arte del retrato llega a su apogeo y el interés del cuadro pasa de la figura aparente a la vida psíquica que se manifiesta en la expresión del rostro, cuando se estudia psicología con el pincel, prosigue el arte su humanización; Velázquez y Rembrandt retratan almas, pero almas de hombres.

Es, pues, un hecho que el renacimiento marca un principio de humanización, como se ve claramente en el arte. En los demás sectores de la cultura se advierte la misma tendencia: el escepticismo en la filosofía y el amoralismo en la política preconizada por Maquiavelo, son otras tantas manifestaciones de la misma dirección irreligiosa. Y al pasar el tiempo, va ahondándose el cauce abierto. El hombre es cada vez más humano; cada vez está más lejos de Dios. La historia de los tiempos modernos es la historia de la humanización de Occidente.

La Dualidad del Hombre Moderno

Tanto la tesis de Spengler como la de Berdiaeff explican parcialmente la psicología del renacimiento. Es éste un movimiento cultural antigótico y a su pesar fáustico, por una parte; y por otra el principio de la humanización de Occidente. De manera que ambas teorías se complementan.

Pero Berdiaeff va más allá: quiere explicar todo el acaecer histórico de los tiempos modernos como un proceso de constante humanización, de apartamiento de los principios medievales religiosos. A mi modo de ver, tal explicación es simplista; la historia moderna es demasiado compleja y variada, aun dentro de la evolución de las ideas, para explicarse por una tendencia uniforme. No hay unidad en el pensamiento y en el sentimiento del hombre moderno, como pudo haberla en la época gótica.

Lo verdaderamente característico del hombre moderno, es, según mi opinión, no su unidad, si-

no una profunda dualidad que se advierte desde el renacimiento hasta nuestros días. La unidad ideológica con bases religiosas de la edad media empieza a desaparecer con las corrientes renacentistas. A partir de entonces, dos polos atraen con enorme fuerza el alma europea: uno es el principio de la tradición religiosa; el otro el es principio de la humanización de la conciencia.

Por un momento—Italia del siglo XV—parece va a triunfar rotundamente la afirmación del yo humano, único, ante el mundo. La reacción sobreviene, sin embargo, con la reforma, la contrarreforma y las guerras de religión, que hacen que los problemas religiosos retornen a un plano esencial. Durante toda la historia moderna combaten, dentro de la cultura occidental, las dos tendencias fundamentales: una que quiere referirlo todo a Dios; otra que quiere referirlo todo al hombre. La psicología de estos tiempos se comprende por la dualidad interna que desgarrar la perdida unidad psíquica de Europa, y que le proporciona variedad, complejidad y riqueza anímicas. Todo hombre moderno es por eso esencialmente contradictorio; dentro de él conviven dos fuerzas opuestas. Los símbolos más diáfanos son dos filósofos: Descartes y Kant. Descartes empieza dudando de todo, hasta de su propia existencia, como moderno que se siente solo frente al mundo, y acaba, en las conclusiones de su sistema metafísico, arrodillándose ante Dios como creyente. Kant, de manera semejante, empieza como hombre por demostrar la imposibilidad de la demostración racional de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma—“Crítica de la Razón Pura”—para después aceptar como postulados éticos, en calidad de creyente, aquello que había rechazado—“Crítica de la Razón Práctica”.—El dualismo sacude y agita el alma del hombre moderno.

El triunfo, a la larga, corresponde al principio humanista. El siglo XIX es su consagración definitiva. Estaba en el destino de la cultura occidental la afirmación rotunda del yo, de la personalidad, frente al universo y frente a Dios, a diferencia del impersonalismo de las culturas orientales. En nuestros días, empero, la dualidad interna que atormentará al hombre moderno, comienza a amortiguarse. Volvemos quizá a la unidad. Pero ello significaría el fin de la época que se inicia con el renacimiento.

El fin del Individualismo

Las ideas humanistas condujeron, en la esfera del pensamiento político, al abandono de todo concepto teocrático, dando nacimiento a la afirmación del hombre frente al Estado, es decir, al individualismo. Existe, además de este individualismo político, un individualismo ideológico representado por el escepticismo subjetivista, que permite a cada quien construir su propia imagen del mundo. Estas formas extremas—siglos XVIII y XIX—constituyen el último estadio de la humanización de Occidente.

Es hasta ahora, el siglo XX, cuando llegamos al momento final del individualismo, forma última del humanismo. Las tendencias socialistas amenazan con destruirlo políticamente; fascismo y comunismo constituyen la negación del individualismo político. En cuanto al individualismo ideológico—el escepticismo—, no podrá ya durar mucho tiempo; ese magnífico florecimiento filosófico está en peligro de hundirse ante nuevos brotes místicos que aparecen en el mundo conturbado de hoy y que presagian, al decir de algunos pensadores, una nueva edad media.

La humanización de Occidente toca a su fin y con ella la historia moderna. ¿Una nueva edad media? Es posible, *aunque no deseable*. Pero... surge una duda final: ¿es que realmente puede preverse lo porvenir?

Conclusiones

1. El renacimiento marca el fin de la época gótica y, por tanto, el término de la vida orientada esencialmente hacia la religión.
2. El renacimiento afirma como valor primordial el yo humano, y da con ello principio a la humanización de Occidente.
3. La historia moderna se explica psicológicamente por la dualidad interna que implican sus dos tendencias: la afirmación tradicional de Dios y la afirmación nueva del hombre.
4. El triunfo corresponde, finalmente, a la idea humanista que encuentra su última expresión en el individualismo.
5. El siglo XX señala el fin del individualismo; termina la humanización de Occidente y con ella la época moderna.